



Casi la totalidad de los presentes lo conocéis como Pacheco pero permitidme que aluda a él como Francisco, como le vengo llamando desde hace 34 años. A los Franciscos modernos no se les suele apelar así porque el nombre posee las suficientes variantes como para huir de la del registro civil, muy fina su dicción. Sólo las madres y la Casa de Alba, con la duquesa al frente, siguen llamando Franciscos a los Franciscos aunque hayan dejado de llamarle pan al pan. Y yo también, por razones de hábito familiar y de afinidad con mi madre, que hoy más que nunca presume de hijo con la elegancia de la gente sencilla. Y aunque el origen del nombre es germánico, a mí me recuerda a Andalucía, la tierra de su padre, que casualmente también es el mío.

Sucede que el reloj de arena de la vida se invierte en ocasiones sin que haya mano que le dé la vuelta. Tengo el honor y la genética de ser su hermano mayor y aunque vuestro Pacheco y mi Francisco siempre fue original, muy suyo pero un poco de todos, patrimonio costumbrista del paisaje humano de Castellón; únicamente por razones de edad, uno era para él ese paraguas que se suele utilizar sólo cuando llovía copioso. Y como en estas tierras no de aquí sino de allá, de donde sopla el levante, de donde provenimos la mayoría de los que aquí estamos, acostumbra a hacer bueno la mayoría de días, sólo me requería en los días de temporal. Nos sabíamos ahí mutuamente, distantemente cercanos, cercanamente distantes. Nos bastaba con eso.

Hubo un tiempo en que en mi vida llovió de abajo arriba. El varillaje de mi paraguas se destempló y un haz de goteras me caló de soledad por dentro. Y Francisco, todo un clásico de Castellón, como sé que le gusta que lo refieran, me puso a mi disposición a sus amigos, muchos de los cuales os habéis convertido en mis amigos. Y yo, que quizá nunca se lo haya agradecido con la rotundidad de la palabra, aprovecho el momento para hacérselo saber, del mismo modo que lo aprovecho para hacerle también saber a Arancha que se alía a un tipo particular, a un tipo que sacrificó su querencia hacia su tierra para hacerse con ella a la mar de la vida. Pero ya se sabe que a unos clásicos los van supliendo otros.

Por eso, hermano, Francisco, Arancha, este grumete, de nuevo con su barco reflatado y su paraguas luminoso, os desea buena travesía. Y larga, mecida por el viento mutuo de las calmas amables...